

funciones en 1624, dos habían muerto, Beauclerc y De Ocquerre; y los dos sobrevivientes, La Ville-aux-Clercs (Enrique Augusto Lomenie de Brienne) y Phelepeaux de La Vrilliere, no habían abrazado abiertamente ningún partido. Richelieu nombró como sucesor de Ocquerre á Claudio Bouthillier, hijo de un ex pasante del abogado La Porte, su abuelo, y que le era completamente adicto. Bouthillier fué más adelante superintendente de hacienda y ministro de Estado. Su hijo, León Bouthillier, inspiraba tal cariño al cardenal, que la crónica escandalosa sospechó, sin razón, de la virtud de su esposa. Á los veinticuatro años obtuvo el joven Bouthillier el derecho de suceder á su padre en el cargo que desempeñaba y fué nombrado conde de Chavigny. En substitución de Beauclerc, nombró Richelieu á Abel Servien que, como intendente de justicia, policía y hacienda, se había distinguido por su vigor contra el parlamento de Burdeos.

Los cuatro secretarios continuaban, como antes, administrando cada uno una parte de los negocios interiores y exteriores. Pero ciertos servicios, cuya importancia va en aumento, reclaman toda la atención de un secretario de Estado y, por decirlo así, lo acaparan. Abel Servien fué, desde 1630 á 1637, un verdadero secretario de Estado de la guerra, como lo fué asimismo su sucesor Sublet de Noyers (1636-1643). Richelieu tenía la alta dirección de los negocios extranjeros; pero tampoco en este departamento dejó que el trabajo de expedición se distribuyera entre los cuatro secretarios de Estado, sino que encargó casi exclusivamente á los dos Bouthillier, hechuras suyas, de la correspondencia diplomática.

Otro amigo de los días de prueba, el P. José, á quien había perdonado muy pronto, por la cuenta que le tenía, los yerros del tratado de Ratisbona, era el principal agente de su política extranjera, su colaborador y una especie de secretario de Estado, sin figurar como tal. Richelieu lo hizo ministro de Estado y le confió la alta dirección de los negocios exteriores.

El cardenal llamó á su lado ó confió á sus parientes los primeros cargos del Estado. Algunos le alaban por haber abolido los grandes empleos de la corona; pero en realidad lo único que hizo fué no dar sucesor al condestable de Lesdiguières; pues el cargo de coronel general de la infantería francesa no desapareció hasta abril de 1643, es decir, después de su muerte, y sabido es que él mismo ejerció las funciones de almirante de Francia, con el título nuevo de Gran Maestre y Superintendente de la navegación, y que si compró á Sully la Gran Maestría de artillería fué para dársela á su primo La Meilleraie. Ni siquiera suprimió las supervivencias, con todo y considerarlas tan peligrosas para el poder real, y contrariamente á sus principios aseguró el Almirantazgo á su sobrino.

De ello se justifica hábilmente: «... Mientras está en curso un desorden sin que sea posible remediarlo, la razón quiere que de él se saque el orden; que es lo que yo he pensado hacer conservando cargos instituidos por mis cuidados á favor de aquellos á quienes yo podía obligar más estrechamente á seguir mis intenciones y mis huellas.» Pero si hubiese tenido tiempo para consolidar la «dinastía» de los Richelieu, ¿habría sido ésta menos peligrosa que la de los Guisa y los Montmorency?

III.—Espíritu nuevo del gobierno

Es evidente que Richelieu gobernó de un modo absoluto y que su severidad fué en aumento constante desde el principio al fin de su ministerio. Llegado al poder con intenciones generosas, preocupado por la idea de aliviar las cargas que pesaban sobre el pueblo y de conceder al Clero y á la Nobleza una participación en los Consejos, legó á sus sucesores su programa de reformas. Renunció al idilio de la monarquía paternal, quiso ser el único consejero escuchado y el único ministro obedecido de Luis XIII, y no toleró observaciones ni resistencias. Y sin embargo, no parece que tuviera voluntad ni intención de cambiar las formas de la monarquía tradicional ni de suprimir los «poderes dependientes é intermediarios» que de hecho moderaban no el poder, pero sí la acción real.

Richelieu se distingue no por una concepción nueva del gobierno, sino por su manera de gobernar. No es más hostil á la aristocracia que Enrique IV y hasta protesta contra la idea preconcebida «de humillar á los grandes aunque se gobiernen bien.» Intenta también luchar contra las tendencias, por decirlo así laicas, de los reinados anteriores, y condena las intromisiones de los funcionarios del rey en la jurisdicción eclesiástica. La ruina de la Nobleza le inquieta y detesta el gran poder de una aristocracia de funcionarios y asentistas. Pero si sus máximas son liberales, su práctica es siempre rigurosa, sin cuidarse para nada del pasado.

Antes de él, la monarquía tenía en cuenta los derechos de la naturaleza y de la cuna y creaba una situación especial para los príncipes de la sangre, para el presunto heredero y para la madre del rey, á quienes reconocía el derecho de intervenir en los negocios de Estado; la rebelión misma, cuando era dirigida por ellos, no parecía tan criminal. Richelieu rompió con esta tradición de miramientos y de respeto, dejando morir en el destierro á la anciana reina; y si á Gastón, heredero presunto, no pudo matarlo y dijo de él que era uno de esos culpables en cuyo castigo no cabe pensar, en cambio lo deshonoró imponiéndole después de cada rebelión la retractación de su falta, el abandono de sus amigos y la promesa por escrito de denunciar al rey todo cuanto averiguase contrario á su servicio.

El príncipe de Condé se hizo grato á fuerza de complacencia, celebrando la gloria del cardenal desde los primeros días del ministerio, no cesando de hacerle confidencias que parecían delaciones y solicitando como un favor la mano de una de sus sobrinas para su hijo, Luis de Borbón, que andando el tiempo será el gran Condé. Por esto Richelieu le protege, le da el mando de los ejércitos, á pesar de su incapacidad notoria, el gobierno de la Borgoña, pensiones y dinero; este príncipe es primer príncipe de la sangre domesticado. El conde de Soissons, que era violento y orgulloso, no agradó; desterrado de Francia cuando el arresto de Chalais, volvió á la corte sin pretender recobrar el favor perdido, y se negó á casarse con la sobrina predilecta del cardenal, la señora de Combalet, y murió en plena rebelión.

Los bastardos de sangre real fueron tratados sin ningún miramiento: de los dos Vendome, el uno, el gran prior, falleció estando preso en el castillo de Vincennes

(8 de febrero de 1629), y el otro, César, duque de Vendome, estuvo allí encerrado cuatro años, y cuando logró la libertad, vióse siempre vigilado como sospechoso y acabó por huir á Inglaterra. El conde de Moret, otro hermano natural de Luis XIII, que había empuñado las armas en defensa de Gastón de Orleans, fué muerto en Castelnaudary. Los jefes de la casa de Lorena, el duque de Guisa y el duque de Elbeuf huyeron fuera del reino, y la princesa de Conti, que era también Lorena, después de la jornada de los Burlados fué relegada á Normandía. Únicamente los hijos menores, el duque de Chevreuse, hermano del duque de Guisa, y el conde de Harcourt, hermano del duque de Elbeuf, vivieron disfrutando del favor del ministro.

En un principio, propúsose Richelieu cambiar los gobernadores de las provincias cada tres años; pero luego desistió de este propósito y los castigó y destituyó á su antojo.

El duque de Epernon, gobernador de Guiana, no trataba de hacer la corte á un ministro ávido de deferencia: en 1629 habíase decidido muy de mala gana á llegar hasta Montaubán para saludarle; en cambio en 1632 fué á visitarle, cuando pasó por Burdeos, con tan numerosa escolta, que Richelieu, que estaba enfermo, se asustó. De Epernon incurrió, además, en otras faltas, como la de prohibir á los jurados ó regidores que salieran á recibir al nuevo arzobispo de Burdeos, Enrique de Sourdis, que se había olvidado, voluntaria ó involuntariamente, de avisar su entrada en su ciudad arzobispal; y no contento con esto, hizo que en mitad de la calle su capitán de guardias, Naugas, ordenase al prelado que se presentara ante él (29 de octubre de 1633).

Sourdis excomulgó á Naugas y á sus soldados, y De Epernon ocupó violentamente uno de los altares de la iglesia de los Recoletos y mandó á su capellán que dijera misa para los excomulgados. Y habiendo encontrado al arzobispo delante de la catedral de San Andrés, dirigióse á él con sus guardias y sus hidalgos, y con el bastón levantado como si quisiera pegarle, le dijo: «Sois un insolente, un enredador ignorante y malvado, y no sé como no os dejo tendido en el suelo.» «Y al proferir estas injurias, dice Sourdis, me dió tres puñetazos en el estómago... y después uno en los labios y otros dos en la nariz, y arrebatándonos el sombrero y el solideo, los pisoteó.» Uno de los capitanes de De Epernon cogió al arzobispo por la mitad del cuerpo para protegerlo. Los sacerdotes fueron golpeados. El prelado puso en entredicho la ciudad (2 de noviembre) y excomulgó al duque; el Parlamento se declaró contra el gobernador, y el pueblo, al ver las iglesias cerradas, se amotinó.

La información que el rey mandó abrir fué desfavorable á De Epernon, siendo éste condenado á pedir públicamente perdón y absolución de rodillas al arzobispo á quien había ultrajado (27 de septiembre de 1634).

A costa de esta humillación solemne conservó el duque su gobierno. Richelieu le había tratado con cierto miramiento por consideración á su hijo, el cardenal de La Valette, que tan bien le había servido cuando la jornada de los Burlados; mas apenas, muerto éste, se vengó cumplidamente haciendo comparecer ante un

consejo de guerra y condenar á muerte por contumacia al hijo predilecto del duque, al duque de la Valette, acusado de haber hecho derrotar el ejército francés que sitiaba Fuenterrabía. De Epernon fué desterrado á su casa de Plassac y luego á Loeches, en donde murió en 13 de enero de 1642.

Sourdis parecía predestinado á ser aporreado por gobernadores. Siendo jefe de los consejos del rey en el ejército naval encargado de recobrar del poder de los españoles las islas de Lerins, tuvo en el castillo de Cannes una discusión con el mariscal de Vitry, gobernador de Provenza, quien le trató de «mojigato» y de «breviario» y le asestó un bastonazo (6 de diciembre de 1636). Richelieu destituyó á Vitry y lo encerró en la Bastilla.

El cardenal cambió casi todos los gobernadores de provincias, quitando la Bretaña al duque de Vendome, la Provenza al duque de Guisa, el Langüedoc á los Montmorency, la Picardía al duque de Elboeuf, la Champaña al duque de Soissons, Metz, Toul y Verdun al duque de La Valette, el Anjou á la reina madre y la Borgoña al duque de Bellegarde.

Quedóse Richelieu con la Bretaña, dió la Borgoña á Condé y la Picardía al duque de Chevreuse, y dejó sin gobernadores: la Champaña, después de la retirada de Soissons á Sedán; la Guiana, después de la desgracia de De Epernon, y Metz, Toul y Verdun, después de la fuga de La Valette, aunque poniendo en estos gobiernos lugartenientes generales completamente adictos, como el conde de Praslin, Senneterre y el marqués de Montespán, y en todas las plazas fuertes «personas tan de su confianza que, sucediera lo que sucediese, nada pudiera lograr el partido contrario.»

Se comprende que en su Testamento haya hablado con cierto desdén de un cargo tan inestable: «Los gobiernos de Francia, dice, son casi todos de tan poca utilidad, que si no se conceden á personas que los desean más por honor y por la comodidad de la vicinidad que por cualquiera otra consideración, habrá pocas que puedan soportar los gastos que traen consigo.»

La Razón de Estado (esta expresión la emplea Richelieu, y quizás fué el primero en emplearla, para designar las consideraciones determinantes de bien público) ha de estar por encima de la naturaleza, de la justicia y de la humanidad: «Los intereses públicos deben ser el fin único del príncipe y de sus consejeros, ó á lo menos uno y otros están obligados á tenerlos en tanta consideración que los prefieran á todos los intereses particulares.»

«En materia de crimen de Estado, es preciso cerrar la puerta á la piedad.» Un príncipe ha de ser inaccesible á la compasión, á los «lamentos de las personas interesadas,» á los «discursos de un populacho ignorante.»

Guárdese muy mucho Luis XIII «de una falsa clemencia más peligrosa que la misma crueldad;» Montmorency murió víctima no de sus faltas, sino de la facilidad de los reyes anteriores en perdonar.

La Razón de Estado justifica los actos arbitrarios del poder así como los rigores de su justicia, y en materia de complot la presunción equivale á la prueba. Richelieu encierra en la Bastilla á los sospechosos á reserva de buscar con toda calma las pruebas de su crimen, y

si no las encuentra suficientes á convencer al tribunal más complaciente, ó si tiene otros motivos para evitar un juicio público, no por esto suelta á sus prisioneros. Y en cuanto á aquellos á quienes forma proceso, los subtrae las más de las veces á los jueces ordinarios.

Los reyes anteriores también se habían arrogado el derecho de llevar á los criminales de Estado ante tribunales arbitrariamente compuestos de consejeros de Estado, de relatores y de miembros de los diversos parlamentos; pero lo que en ellos fué excepción pasó á ser regla general en tiempo de Luis XIII. El ministro hizo juzgar por comisarios á casi todos sus enemigos, y cuando acudió á los tribunales ordinarios, violó las formas protectoras de la justicia; así, mandó juzgar por el parlamento de Tolosa á Montmorency, que como duque y par hubiera debido comparecer ante el parlamento de París, pretextando que su rebelión le había degradado de su privilegio; y no fué esto sólo, sino que hizo que presidiera el tribunal el guardasellos, Chateaufort. El rey en persona quiso presidir el consejo de guerra que juzgó al duque de La Valette. Las más de las veces el tribunal se compone enteramente de jueces encargados de condenar, y por esto Richelieu anuncia anticipadamente la sentencia; y si se ha equivocado respecto de las disposiciones de los jueces, los cambia. El mariscal de Marillac comparece primeramente ante una sala reunida en Verdún, pero luego, habiendo sido esta sala destituida, es encerrado en el castillo de Pontoise y juzgado al fin por comisarios y condenado á muerte en la misma casa de Richelieu, en Rueil.

Nunca fueron tan frecuentes las acusaciones de lesa majestad como en tiempo de este ministro, para quien comete un crimen de Estado todo el que se opone á su voluntad. El mariscal de Montmorency es ejecutado justamente como reo de rebelión; pero el mariscal de Ornano muere en la Bastilla por haber dado malos consejos á Gastón; y el mariscal de Marillac «ha merecido su suplicio por su ingratitud y por su mala conducta.» Por esto decía con mucha razón el mariscal de Saint-Geran, que moría en su lecho de muerte natural (diciembre de 1632): «En el otro mundo no me reconocerán, porque hace mucho tiempo que no ha ido por allí ningún mariscal de Francia con la cabeza sobre sus hombros.»

Con este terrible trabajo de destrucción preparó Richelieu el advenimiento de la monarquía absoluta ó, dicho más exactamente, de la monarquía administrativa. Despojó de una parte de sus funciones á los poderes intermediarios, y á consecuencia de ello hubo de buscar un nuevo personal del todo dependiente y dócil, y suprimió la fiscalización de hecho que imponían al rey la grandeza de su propia sangre, la ilustración de la estirpe, la autoridad de las costumbres y de las funciones, en una palabra, toda la fuerza de opinión que residía en las personas de alta dignidad, en las corporaciones constituidas y en las tradiciones.

Richelieu gobernó según el sistema antiguo, pero abusó excesivamente del poder, empleando como medios normales los medios dictatoriales á los que la antigua monarquía sólo apelaba en una crisis de peligro ó de pasión, y haciendo ver todo el despotismo que con la monarquía antigua era posible. Por lo demás, no hubo de inventar nada para ser tirano; le bastó querer

serlo. Léase su Testamento político, y no se descubrirá en él el plan, ni siquiera el boceto de un sistema nuevo de gobierno.

CAPÍTULO IX

RICHELIEU Y LA IGLESIA (I)

I. La religión de Richelieu. — II. Manifestaciones del renacimiento católico en el siglo XVII. — III. Reforma del clero y de las órdenes religiosas. — IV. Galicanismo y episcopalismo. — V. La inmunidad financiera del clero.

I.—La religión de Richelieu

Richelieu varió mucho ciertamente, siendo grande la distancia que media entre el orador del Clero de 1614 y el hombre de Estado que en 1626 condenaba el libro de Santarel y que, en los últimos tiempos de su ministerio estaba en abierta lucha con el nuncio del papa y con las asambleas del Clero. Sin embargo, jamás fué un galicano ni en el sentido parlamentario ni en el de los adeptos de Richer.

Todavía escribía en su Testamento político: «Las personas que se consagran á Dios y se unen á su Iglesia están tan absolutamente exentas de la jurisdicción temporal de los príncipes, que sólo pueden ser juzgadas por sus superiores eclesiásticos. El Derecho divino y el de gentes establecen claramente esta inmunidad.» Lo mismo al final que en el comienzo de su ministerio, protestaba contra las invasiones de los parlamentos y otras justicias reales en las justicias de la Iglesia y proponía definir y restringir las apelaciones considerándolas como abusos.

Nunca dejó de reclamar «para las personas consa-

(1) FUENTES: *Lettres, Mémoires et Testament politique du cardinal de Richelieu*. Aubery, *Mémoires pour l'histoire du cardinal duc de Richelieu*, 1660, II. José Grandet, *Les saints prêtres français du XVII^e siècle*, obra publicada por primera vez, según el manuscrito original, por G. Letourneau, 2. vol., 1897. Abelly, *La vie du vénérable serviteur de Dieu, Vincent de Paul, instituteur et supérieur général de la congrégation de la mission*, dividida en 3 libros, París, 1664. Luis Batterel, *Mémoires domestiques pour servir à l'histoire de l'Oratoire*, pub. por Ingold y Bonnardot, II, 1903. Isambert, *Recueil des anciennes lois françaises*, XVI. *Mémoires de Mathieu Molé*, II, «S. H. F.» *Mémoires de Omer Talon*, M. y P., 3.^a serie, VI. *Collection des procès-verbaux des assemblées générales du clergé de France*, II y III, 1768-69. *Mémoires de M. de Montchal, archevêque de Toulouse*, 1718, 2 vol.

OBRAS DE CONSULTA: G. Fagniez, *Le P. Joseph et Richelieu*, tomos I y II. Hanotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*, I y II. Caillet, *L'Administration sous le cardinal de Richelieu*, I. D'Avenel, *Richelieu et la monarchie absolue*, 1895, III. Picot, *Essai historique sur l'influence de la religion en France pendant le XVII^e siècle*, 1824, 2 vol. Sainte-Beuve, *Port-Royal*, 1888, I. Francis Parkmann, *The Jesuits in North-America in the seventeenth century*, 2.^a ed. Londres, 1885. P. Maynard, *Saint Vincent de Paul...*, 1873-74, 4 vol. P. de Broglie, *Saint Vincent de Paul*, 1897. Raúl Allier, *La Caballe des Dévots*, 1627-1666, 1902. Rebellian, *Un épisode de l'histoire religieuse du XVII^e siècle. La Compagnie du Saint-Sacrement et la contre-réformation catholique*, «Revue des Deux-Mondes», 1.^o de julio, 1.^o de agosto, 1.^o de septiembre de 1903. Luis Batiffol, *Au temps de Louis XIII*, 1904. Jullian, *Histoire de Bordeaux depuis les origines jusqu'en 1895*, Burdeos, 1895. P. Puyol, *Edmond Richer, Etude historique et critique sur la rénovation du gallicanisme au commencement du XVII^e siècle*, tomo II, 1876. L. Ellies Du Pin, *Nouvelle bibliothèque des auteurs ecclésiastiques*, XVII, 1741. G. Demante, *Histoire de la publication des livres de Pierre Du Puy sur les libertés de l'Eglise gallicane*, «Bibliothèque de l'Ecole de Chartes», V, 1843-1844.

II.—Manifestaciones del renacimiento católico en el siglo XVII

gradas al ministerio de la religión» el derecho de ocupar la primera categoría después de los príncipes soberanos, «no sólo en lo concerniente á lo espiritual, sino también en lo relativo al gobierno civil y político...»

Cuando fué jefe del Consejo, rodeóse de sacerdotes y de frailes: empleó en la diplomacia á su hermano, Alfonso Du-Plessis, arzobispo de Lyon, al P. Berulle y al cardenal de Marquemont; hizo del cardenal de La Valette un general, y del arzobispo de Burdeos, Sourdis, un almirante; dos obispos de Mende, Du Plessis-Houdancourt, y su sucesor, Cruzy de Marcillac, y el obispo de Nantes, Beauveau, fueron importantes proveedores de suministros para el ejército; y el obispo de Auxerre, Pedro de Broc, era el «impulsor» del mariscal de Chatillón, cuya lentitud era proverbial. El mismo cardenal fué en el sitio de La Rochela teniente general de los ejércitos del rey, y en la campaña de Italia, en 1630, presentíase al frente de las tropas á caballo, con armas y coraza. El P. José, un monje, fué el consejero de quien hizo más caso; y cuando quiso designar sucesor, indicó á un cardenal, Mazarino.

No hay que imaginarse, pues, á Richelieu como un hombre de Estado perteneciente á la Iglesia por casualidad, sino como el tipo representativo de una época en que el Clero, apoyado por la opinión, aspiraba á desempeñar el primer papel en el Estado y en la sociedad.

Era religioso y observante de las prácticas de la religión. En 1621 prometió por escrito hacer decir una misa á perpetuidad todos los domingos en su casa de Richelieu, si Dios, por la intercesión del apóstol San Juan, le libraba «dentro de ocho días de un dolor de cabeza extraordinario;» en 1633 se mandó llevar de Meaux las reliquias de San Fiacro cuyo contacto cura las hemorroides; en mayo de 1636 inspiraba á Luis XIII un voto á la Virgen «antes de que los ejércitos empiecen á trabajar;» y en febrero de 1638, para dar gracias á Dios por los triunfos alcanzados sobre los enemigos del interior y del exterior, publicó una declaración por la cual Luis XIII consagraba «á la santísima y gloriosísima Virgen» su persona, su Estado, su corona y sus súbditos (1). A cada contrariedad, nacional ó personal, tuvo Richelieu crisis de fervor y pensó más seriamente en su salvación. Pertenecía á la sociedad y en la sociedad vivía disfrutando, como gran señor, de las fiestas, de las comedias y de las reuniones de mujeres engalanadas. Tuvo por la señora de Chevreuse, la incorregible conspiradora, una indulgencia que revela cariño; no fué insensible, según decían, á la belleza de Ana de Austria; y, al decir de la crónica escandalosa, amó demasiado á su sobrina, la señora de Combalet, á la que hizo duquesa de Aiguillon y no quiso nunca dejar entrar en el convento. Mas, á pesar de todo esto, su fe era ardiente y absoluta (2).

(1) Esta declaración, publicada en febrero de 1638, estaba ya redactada en noviembre de 1637, cuando nada hacía prever el inesperado embarazo de Ana de Austria. Se equivocan, pues, los que han querido ver en ella un voto ó una acción de gracias por el nacimiento de Luis XIV (5 de septiembre de 1638).

(2) Hizo juzgar y condenar á la hoguera al párroco de San Pedro de Loudun, Urbano Grandier, hombre guapo y presuntuoso cuyos triunfos inquietaban á los maridos y acabaron por turbar en su retiro á algunas pobres ursulinas. «Todas convenían, dice Richelieu, en que habían visto en sus celdas á un hombre á quien

Era aquel el momento en que el catolicismo, reanimado y avivado, volvía á ser un foco de vida moral y religiosa y en que no sólo en los conventos, sino también en el mundo, había almas que se consumían en el amor divino y se proponían un ideal de virtudes sobrehumanas. Un presidente del parlamento de Burdeos, Gourgues, y su mujer, después de haber tenido una hija vivieron como dos hermanos; la esposa, que era joven (falleció á los 23 años), se vestía pobremente é iba á pedir limosna «por amor de Dios.» La señora de La Peltrie (María Magdalena de Chavigny), que renunciaba al convento por obedecer á su padre, contraía con el señor de Bernieres un matrimonio casto. Una ursulina, María de la Encarnación, de una familia de la clase media de Tours, veía á Cristo, lo tocaba y le decía suplicante: «¡Venid para que os bese y muera entre vuestros brazos sagrados!»

El P. de Condren, segundo general del Oratorio (muerto en 1641), en un arranque de amor á Dios, sintió «una palpitación tan violenta, que varias de sus costillas cambiaron de sitio para dar espacio á su corazón y se formó en su pecho una eminencia que ya jamás desapareció.» Condren era el director espiritual «de todos los hombres santos que había en París;» de Olier, fundador de San Sulpicio; de Bertaut, «que se consagró por entero á arrancar de sus libertinajes á las mujeres perdidas;» de Bernard (el pobre sacerdote); de una sirvienta llamada Barbe «cuyo estado se acercaba al de las Catalina de Sena y de las Magdalena de Pazzi, y de otros muchos. Por esto acostumbraba decir que este último siglo (el XVII) era el siglo de los santos y en nada desmerecía de los primeros tiempos de la Iglesia, y que había tantos y aun más, pero que su gracia era la vida escondida.»

La historia del Canadá en tiempo de Richelieu es un capítulo de historia religiosa ilustrado con predicasiones, visiones y martirios. Con unos pocos colonos arriban á aquellas nuevas tierras gran número de misioneros y de religiosas que sueñan con convertir á los salvajes y arrancar algunas provincias al imperio del demonio. En el Canadá se desborda la oleada del proselitismo católico contenida en Francia.

En aquel entonces, Olier, en París, y un recaudador de impuestos, Jerónimo Le Royer de La Dauversiere en La Fleche, oyeron voces que les ordenaban, á éste, que fundara una nueva orden de hermanas hospitalarias, y á aquél, una nueva orden de sacerdotes misioneros en la isla de Montreal, en el San Lorenzo; y se dice

describían, sin conocerlo, tal como era el párroco de San Pedro de Loudun, y que les hablaba de impureza y por medio de varias persuasiones impías trataba de lograr su consentimiento. Después de estas apariciones, algunas de ellas se encontraron atormentadas y hacían actos de asediadas ó poseídas del espíritu maligno.» Grandier fué quemado vivo en 18 de agosto de 1634 y murió impenitente, «lo cual fué una prueba espantosa del abandono en que deja Dios á la hora de la muerte á los que le han abandonado durante su vida... y del poder riguroso que el diablo ejerce en este trance extremo sobre los que se la han dado (la vida) voluntariamente.» Richelieu persiguió también á iluminados que, pretendiendo que en la unión del alma con Dios los actos del cuerpo son indiferentes, mezclaban su misticismo con la sensualidad.